

# JACK HIGGINS

Una  
buena noche  
para morir



El autor nos introduce, a través del héroe Paul Chavasse, agente del Servicio de Espionaje Británico, en un asunto en principio trivial y de actualidad: la interceptación de inmigrantes asiáticos clandestinos en Gran Bretaña... Camuflaje, en realidad, para introducir en el país espías chinos, bajo la dirección de Rossiter, hombre exquisito, escéptico y torturado que mata sin piedad «por la causa»... Intriga constante y creciente en diversos lugares del Canal de la Mancha, hasta su culminación en una electrizante cacería entre toros sueltos en la Camarga francesa.

# UNA BUENA NOCHE PARA MORIR

Jack Higgins

## 1. PASAJE NOCTURNO

Había ocasiones en que Jean Mercier se preguntaba en qué consistía, en realidad, la vida y esta vez era muy claramente una de ellas. En algún lugar más allá del barco, en la oscuridad, había un litoral que no podía ver, peligros que tan sólo podía sospechar, y la carencia de luces de navegación empeoraba las cosas.

Un viento que procedía de los lejanos Urales, soplaba a través del Golfo de Saint Malo, festoneando de blanca espuma las olas, salpicando con rociaduras el parabrisas. Mercier redujo la marcha del motor y ajustó levemente el giro del timón, forzando la vista en la oscuridad, esperando ver una luz como si fuera alguna señal del cielo.

Lió un cigarrillo torpemente con una mano, dándose cuenta del temblor que agitaba sus dedos y que no podía dominar. Sentía frío y cansancio además de estar muy asustado, pero el dinero valía la pena, en efectivo y libre de impuestos, más de lo que podía ganar en tres meses de faena pesquera. Con una esposa enferma a su cargo, un hombre tenía que aceptar cualquier ocasión que se le presentara y estar agradecido.

Una luz destelló tres veces y se esfumó tan pronto que, por un momento, se preguntó si lo había imaginado. Se pasó una mano por los ojos cansados y de nuevo aparecieron los destellos. Aguzó la vista en espera de que se repitiera por tercera vez, como hipnotizado, y entonces, recuperando la normalidad, dio un taconazo en el piso de la timone-

ra. Sonaron pasos en la escalera de la camareta y apareció Jacaud.

Había estado bebiendo de nuevo y el olor, agriamente agudo en el limpio aire salino, repelió un tanto a Mercier. Jacaud le empujó a un lado y empuñó el timón.

—¿Dónde está? —gruñó.

La luz le contestó, al frente y un poco a babor. Asintiendo, aumentó la velocidad y viró un poco el timón. Mientras la lancha embestía en la oscuridad, Jacaud sacó un frasco de medio litro de ron de su bolsillo, engulló lo que quedaba y arrojó la botella vacía a través del portalón abierto. A la luz difuminada de la bitácora, parecía incorpóreo, una cabeza que flotaba en la oscuridad, una broma macabra. Era la jeta de un animal, un bruto que caminaba sobre dos piernas con ojillos de cerdo, nariz chata y facciones toscamente deformadas por años de embriaguez y enfermedades.

Mercier se estremeció casi sin darse cuenta, tal como había hecho muchas veces anteriormente, y Jacaud mostró un rictus en su cara.

—¿Estás asustado, hombrecillo?

Mercier no replicó y Jacaud le agarró por el cabello, sin retirar la otra mano en el timón, y lo atrajo hacia sí. Mercier chilló dolorido y Jacaud rió satisfecho.

—Sigue asustado. Así es como me gusta. Ahora márchate y ten preparado el bote.

Lo lanzó de un empujón a través del portalón abierto, y Mercier tuvo que agarrarse al pasamanos para evitar caer al agua. Había lágrimas de rabia y frustración en sus ojos mientras iba tanteando su camino a lo largo de la cubierta en la oscuridad y dobló una rodilla junto al bote de caucho. Sacó de un bolsillo una navaja de muelles y tanteó en busca del cabo, que mantenía sujeto el bote. Cortó el cabo y después pasó cuidadosamente el dedo por el filo de la navaja, mientras pensaba en Jacaud. Sólo bastaría con un buen tajo, pero incluso éste solo pensamiento produjo re-

tortijones en sus tripas, por lo que cerró presuroso la navaja, se puso en pie y aguardó junto al pasamanos.

La lancha continuaba avanzando en la oscuridad y la luz volvió a destellar. Al parar Jacaud el motor, la lancha fue disminuyendo su velocidad y empezó a derivar de costado hacia la playa señalada por la fosforescencia de los rompientes a un centenar de metros aproximadamente. Mercier echó el ancla al acercarse Jacaud. El hombretón alzó el bote y lo arrió hasta el agua, reteniéndolo luego con un cabo.

—Vamos, rápido —dijo con impaciencia—. Quiero largarme enseguida de aquí.

El agua chapoteaba en el fondo del bote, frío e incómodo mientras Mercier encajaba los dos remos de madera y se apartaba del barco. De nuevo estaba asustado, tal como lo estaba siempre durante los últimos días, ya que la playa era un territorio desconocido para él, a pesar de que la había visitado en idénticas circunstancias por lo menos media docena de veces antes. Pero experimentaba la sensación de que esta vez las cosas podían ser distintas: que la Policía podía estar esperándoles. Que podía estar navegando a la deriva para tropezarse con una condena de cinco años de cárcel.

El bote, se elevó de pronto sobre una ola, se inmovilizó durante un instante, para descender a través de una línea de espuma cremosa, deslizándose luego hasta detenerse al tocar la arena. Mercier retiró los remos, saltó fuera e hizo girar el bote hasta que quedó con la proa hacia la mar. Al levantarse, una luz perforó la oscuridad deslumbrándole momentáneamente.

Alzó una mano para protegerse y entonces apagaron la luz, a la vez que una voz tranquila decía en francés:

—Llega con retraso. Vayámonos.

Era otra vez el inglés, Rossiter. Mercier podía conjetrarlo por el acento, aunque su francés era casi perfecto. El único hombre ante el cual Jacaud se tocaba la visera de su go-

rra a modo de saludo respetuoso. En la oscuridad era tan sólo una sombra, lo mismo que el hombre que estaba a su lado. Hablaron brevemente en inglés, un idioma que Mercier no comprendía. Entonces, el otro hombre, entró en el bote y se agazapó a proa. Mercier le siguió, encajó los remos, y Rossiter empujó el bote por encima de la primera ola y trepó por el lado de popa.

Jacaud les esperaba en la barandilla de popa cuando llegaron a la lancha. Su cigarro brillaba tenuemente en la oscuridad. El pasajero subió primero y Rossiter le siguió con su maletín. Cuando Mercier llegó al puente, el inglés y el pasajero ya se habían ido abajo. Jacaud le ayudó a izar el bote por encima de la borda, dejó que lo sujetara a cubierta y entró en la timonera. Un momento después, los motores ronronearon suavemente y la embarcación se dirigió hacia la mar abierta.

Mercier terminó su tarea y fue hacia proa. Rossiter se había reunido con Jacaud en la timonera y estaban juntos ante el timón, contrastando fuertemente el rostro delgado y hermoso del inglés con las toscas facciones de Jacaud: los lados opuestos de la moneda. Un lado, el de un animal; el otro, el de un caballero, y, sin embargo, parecían congeniar muy bien, algo que Mercier nunca había logrado comprender.

Al pasar junto a la timonera, oyó cómo Jacaud hablaba en voz baja y ambos lanzaban sendas carcajadas. Incluso en esto eran diferentes, la risa entre dientes jovial se mezclaba extrañamente con el ronco rezongar de Jacaud; no obstante, de algún modo se completaban el uno al otro.

Mercier se estremeció y bajó a la cocina.

Durante la mayor parte de la travesía, todo transcurrió tranquilamente, considerando cómo se ponía el Canal con frecuencia, pero hacia el amanecer empezó a llover. Mercier estaba al timón y cuando se aproximaban a la costa inglesa, la niebla les rodeó hasta sumergirlos en una pared brumosa. Mercier golpeó con el tacón el piso del puente y,

al cabo de unos instantes, apareció Jacaud. Mostraba un terrible aspecto, con los ojos hinchados inyectados en sangre por la falta de sueño, y la cara grisácea y abotagada.

—¿Ahora qué?

Mercier señaló con el mentón hacia la niebla.

—No tiene muy buen aspecto.

—¿A qué distancia estamos?

—Unas seis o siete millas.

Jacaud asintió y le apartó de un empujón.

—Muy bien. Déjalo de mi cuenta.

Rossiter apareció en el umbral. —¿Problemas?

Jacaud negó con la cabeza.

—Nada que no pueda yo resolver.

Rossiter fue a colocarse junto a la barandilla. Permaneció allí erguido, con rostro inexpresivo, aunque un pequeño músculo temblaba en su mejilla derecha, señal segura de tensión. Dio media vuelta y, pasando junto a Mercier, regresó abajo.

Mercier se levantó las solapas de su chaquetón, hundió las manos en los bolsillos y permaneció a proa. A la luz grisácea precursora del amanecer, la lancha aparecía aún más decrepita que de costumbre y mostraba exactamente lo que era, el barco de pesca de un hombre pobre, cestas para langostas apiladas sin pulcritud a popa junto al bote de caucho, redes extendidas por encima de la caja de los motores. La humedad lo llenaba todo bajo la ligera llovizna y estaban envueltos por la niebla, con grises mechones rozando la cara de Mercier, fríos y viscosos, inmundos, como el tacto de los muertos.

Y de nuevo estaba presente el miedo, hasta tal punto que le temblaban los miembros y el estómago se le contraía en espasmos. Se secó la boca con el dorso de una mano y empezó a liar un cigarrillo, intentando mantener firmes los dedos.

La lancha se deslizó a través de una cortina gris dentro de un espacio claro y despejado y el papel del cigarrillo re-

voloteó y cayó sobre cubierta, mientras Mercier se inclinaba hacia delante, agarrándose al pasamanos. A unos doscientos metros de ellos, a través del frío amanecer, una forma gris y bruñida se movía como para cortarles el paso.

Jacaud estaba ya reduciendo la velocidad cuando Rossiter apareció en el puente. El inglés corrió a la barandilla y permaneció allí, con una mano a modo de visera protegiéndose los ojos de la lluvia. Una señal destelló a través del gris amanecer; el inglés se volvió con gesto torvo.

—Vire enseguida. Es un MTB de la Royal Navy. Salgamos de aquí lo antes posible.

Mercier le agarró por una manga, con el pánico reflejándose por completo en todo su cuerpo.

—Esos trastos pueden desarrollar treinta y cinco nudos, señor. No tenemos la menor posibilidad de escapar.

Rossiter le aferró por la garganta.

—Le caerán siete años si nos atrapan con él a bordo. Ahora, apártese de mi camino.

Hizo un ademán de asentimiento hacia Jacaud, corrió a lo largo del puente y desapareció abajo. Los motores bramaron al darles Jacaud el máximo de velocidad, a la vez que giraba el timón y la lancha escoraba a un lado, llegando casi a detenerse, para enseguida lanzarse raudamente hasta penetrar en el muro de niebla.

Las grises paredes rodearon la embarcación, impidiendo que fuera vista en absoluto. En ese momento, se abrió con un chirrido la puerta de la escalera de la cámara y Rossiter apareció con el pasajero. Se trataba de un negro de mediana edad, alto y bien parecido, que llevaba un grueso abrigo con un cuello de piel. Miró a su alrededor, sorprendido, y Rossiter le habló en inglés. El negro asintió en silencio y avanzó hacia la barandilla. Rossiter sacó una pistola y le asestó un fuerte golpe en la nuca: El negro se inclinó a un lado y se derrumbó sobre cubierta sin lanzar el menor grito.

Lo que sucedió a continuación fue algo que parecía formar parte de una pesadilla. El inglés se movió con una increíble rapidez y energía. Agarró una pesada cadena del puente de popa y fue enrollándola alrededor del cuerpo del hombre. Le dio una vuelta final alrededor del cuello y enganchó los dos extremos sueltos con la abrazadera metálica que colgaba de un eslabón.

Se volvió y le gritó a Mercier por encima del estruendo de los motores:

—¡Muy bien! ¡Agárrele por los pies y lo tiraremos por la borda!

Mercier estaba alelado como si se hubiese convertido en un bloque de piedra. Sin vacilar, se arrodilló para colocar al negro en posición de sentado. El hombre alzó penosamente la cabeza, sus párpados aletearon y abrió los ojos. Miró fijamente a Mercier, no en gesto de súplica, sino con odio, sus labios se abrieron y gritó algo en inglés. Rossiter se agachó para cargárselo al hombro. El inglés se incorporó y el cuerpo del negro fue lanzado por encima de la barandilla para zambullirse de cabeza en el mar y desaparecer instantáneamente.

Rossiter se volvió y golpeó con fuerza a Mercier en la cara, lanzándolo de espaldas contra la cubierta.

—Ahora tranquilícese y empiece a trabajar con aquellas redes o le zambullo también en el agua.

Entró en la timonera. Mercier permaneció tendido durante unos instantes hasta que se incorporó y, tambaleándose, se dirigió a popa. Aquello no podía haber sucedido. Oh, Dios, no pudo suceder. El puente escoró de repente al girar Jacaud de nuevo el timón y Mercier cayó de bruces sobre la pila de apestosas redes; luego, empezó a retorcerse al acometerle unas náuseas incontenibles.

Les salvó la niebla, que se extendió por el Canal durante media travesía, ocultándoles a la vista de cualquier barco patrullero en su regreso a la costa francesa.

En la timonera, Jacaud ingirió ron de la botella que Rossiter le pasó y rió ásperamente.

—Les perdimos de vista.

—Tiene usted suerte —dijo Rossiter—. Eso ayuda a vivir mejor.

—Fue una pena lo del embalaje.

—Así es la vida. —Rossiter parecía totalmente despreocupado y señaló hacia donde estaba Mercier acucillado junto a las redes, sujetándose la cabeza entre las manos—. ¿Qué hacemos con él?

—Es un gusano —masculló Jacaud—. Un cobarde. Quizá deberíamos también zambullirlo para siempre.

—¿Y cómo explicaría su desaparición en St. Denise? —Rossiter meneó la cabeza—. Déjelo de mi cuenta.

Avanzó por el puente y se detuvo junto a Mercier con la botella de ron.

—Será mejor que beba un trago.

Mercier alzó la cabeza lentamente. Su cara era como el vientre de un pez, con los ojos llenos de dolor.

—Estaba todavía vivo, señor. Todavía vivo cuando usted lo tiró al agua.

El cabello de color de lino de Rossiter brillaba al temprano sol de la mañana, haciéndole parecer extrañamente sin edad. Miró hacia abajo a Mercier, su fina y hermosa cara llena de solicitud. Suspiró hondamente, se agachó y sacó de uno de sus bolsillos una exquisita Madonna. Mediría alrededor de unos veinte centímetros de largo, y resultaba evidente que era muy antigua, tallada por algún artista en marfil del color de su cabello y engastada en plata. Cuando le presionó los pies con el pulgar, aparecieron, como por arte de magia, quince centímetros de acero pavonado con los dos lados afilados como una navaja de afeitar.

Rossiter besó con gesto reverente la Madonna sin la menor expresión de burla, y después se acarició la mejilla derecha con la hoja.

—Tiene esposa, Mercier —declaró en tono afable, y su rostro no perdió ni por un instante su expresión santurrona—. Tengo entendido que está inválida.

—Sí, señor —repuso Mercier en un susurro, y el corazón pareció detenerse en su pecho.

—Una palabra, Mercier, el menor comentario y le cortaré el cuello a su esposa. ¿Me comprende?

Mercier giró el busto, sintiendo agitarse su estómago y de nuevo le atacaron las náuseas. Rossiter se irguió y caminó a lo largo del puente hasta detenerse en la entrada de la timonera.

—¿Todo bien? —inquirió Jacaud.

—Naturalmente. —Rossiter aspiró la fresca brisa marina y sonrió—. Hace una bonita mañana, Jacaud, una preciosa mañana. Y pensar que uno podría estar en la cama y perderse todo eso.

## 2. ABAJO ENTRE LOS MUERTOS...

La niebla se acumulaba a través de la ciudad, y en algún lugar a lo lejos los barcos lanzaban los lúgubres bramidos de sus sirenas, mientras avanzaban lentamente por las márgenes inferiores del Támesis rumbo hacia el mar. Niebla, la verdadera clase de niebla que sólo parece cernirse sobre Londres y en ninguna otra parte del mundo. Niebla que eliminaba a los ancianos, atascaba las calles y reducía a una de las mayores ciudades del mundo al caos y la confusión.

Paul Chavasse abandonó el taxi en Marble Arch, y silbaba suavemente mientras se alzaba el cuello de la trinchera y entraba en el parque. Personalmente, sólo había una cosa que le gustaba más que la niebla y era la lluvia. Suponía que era una idiosincrasia que tenía sus raíces en un determinado momento de su juventud, o quizás existía una explicación más sencilla. Después de todo, tanto la lluvia como la niebla le encerraban a uno en un pequeño mundo privado que, en algunas ocasiones, podía resultar muy conveniente.

Se detuvo para encender un cigarrillo. Era un hombre alto y guapo, con una cara tan francesa como la de Pigalle un sábado por la noche, y la herencia de su padre bretón resultaba evidente en sus pómulos célticos. Un guardián del parque surgió de las sombras y desapareció sin decir una sola palabra, una cosa que, considerando las circunstancias, sólo podía ocurrir en Inglaterra. Chavasse continuó su camino inexplicablemente animado.

El St. Bede Hospital estaba situado al fondo del parque, una monstruosidad gótica victoriana a pesar de su reputación extendida por todo el mundo. Le estaban esperando, y cuando se presentó en recepción un portero de uniforme nítido azul le acompañó a lo largo de una serie de corredores con baldosas verdes, cada uno de los cuales parecía extenderse hasta el infinito.

Le dejaron en compañía de un técnico de laboratorio ya mayor, en un pequeño despacho encristalado, quien le condujo hasta el depósito de cadáveres en un ascensor sorprendentemente moderno. Chavasse fue consciente de dos cosas en el mismo momento que se abrieron las puertas del ascensor: el punzante olor a antiséptico tan característico de los hospitales y el extremado frío. La amplia cámara llena de ecos estaba rodeada de cajones de acero, cada uno de los cuales presumiblemente contenía un cadáver, pero el motivo de su visita le esperaba sobre una camilla con ruedas cubierta con una sábana de caucho.

—No pudimos introducirle en una de las cajas, mala suerte —explicó el técnico—. Estaba demasiado hinchado. Apestaba como pescado del año pasado.

Al aproximarse, el olor resultaba muy desagradable a pesar de las medidas que evidentemente se habían tomado. Chavasse sacó un pañuelo y lo mantuvo ante su boca y nariz.

—Comprendo lo que quiere decir.

Había contemplado la muerte muchas veces en la mayor parte de sus variantes, pero aquella monstruosidad era algo nuevo. Miró los restos, con el gesto sombrío.

—¿Cuánto tiempo ha estado en el agua?

—Seis o siete semanas.

—¿Está completamente seguro?

—Oh, sí... los análisis de orina, la tasa de descomposición química y todo lo demás. Por cierto, era un negro, ¿o quizá ya lo sabía?

—Eso me dijeron, pero nunca lo hubiese adivinado al verle.

El técnico asintió gravemente:

—La inmersión prolongada en agua salada produce cosas raras en la pigmentación de la piel.

—Eso parece. —Chavasse retrocedió y se guardó el pañuelo en el bolsillo superior de su americana—. Muchas gracias. Creo que he visto cuanto necesitaba ver.

—¿Podemos ya disponer de él, señor? —preguntó el técnico mientras volvía a tender la sábana.

—Me olvidaba. —Chavasse sacó ahora su cartera y tendió un impreso oficial con el correspondiente permiso—. Procedan a la incineración y manden todos los documentos al Ministerio del Interior mañana mismo.

—Esperaban disponer del cadáver en la Facultad de Medicina para prácticas de disección.

—Dígales que ya tendrán otro cadáver más adelante. —Chavasse se puso los guantes—. Para este cadáver, incineración y ninguna otra cosa. No es preciso que me acompañe. Encontraré solo la salida.

Cuando se hubo marchado, el técnico encendió un cigarrillo, con el entrecejo fruncido. Le intrigaba aquel Chavasse. Tenía rasgos de extranjero, pero no cabía duda de que era inglés. Un tipo bastante agradable, un caballero para emplear un calificativo anticuado, pero algo no era del todo correcto. Eran los ojos, eso es. Negros y totalmente inexpresivos. Parecían mirar directamente a través de uno y más allá, como si no se estuviera allí en absoluto. La clase de ojos que tenía aquel coronel japonés en el campamento en Siam, donde el técnico había pasado los tres peores años de su vida. Un tipo curioso aquel japonés. Durante un minuto, la mejor representación de la bondad humana, y al siguiente fumaba un cigarrillo sin pestañear siquiera, mientras golpeaban hasta la muerte a un prisionero.

El técnico se estremeció y abrió el papel que Chavasse le había entregado. Estaba firmado por el propio Secretario